

*Al filo del
Escándalo*

Hilda Rojas Correa

*El amor es igual que un faro inamovible,
que ve las tempestades y no es zarandeado.
Es la estrella que guía la nave a la deriva,
de un valor ignorado, aun sabiendo su altura.
No es juguete del Tiempo, aun si rosados labios
o mejillas alcanza, la guadaña del Tiempo.
Ni se altera con horas o semanas fugaces,
sino que aguanta y dura hasta el último abismo.*

FRAGMENTO, SONETO CXVI DE WILLIAM SHAKESPEARE.



Prólogo

Londres, sábado 10 de abril de 1830.

Helena tosía. Un sonido desgarrado y crudo emergía de sus pulmones, desgastándole la garganta y estallando en su boca. Con un inmenso dolor escupía sangre y manchaba el pañuelo blanco, que se había convertido en su compañía durante los últimos meses. El médico decía que era tuberculosis. Para ella, solo era una larga agonía que le permitía poner sus asuntos en orden.

Por la ventana de la habitación, situada en la tercera planta del palacio, entraba la luz clara de la primavera, cargada de trinos, aromas frescos y árboles en flor. La vida en todo su esplendor.

La misma que a ella se le desvanecía.

Su única hija estaba a su lado. Asustada y acongojada a partes iguales, exclamó:

—¡Mamá! —Temblando, le sostuvo la mano con suavidad.

Su madre estaba débil, tan débil. Era apenas un espectro de la mujer fuerte que alguna vez había sido.

Evelyn trató de no mirar el pañuelo manchado de sangre. Tragaba saliva y apretaba los dientes para domar ese deseo de echarse a llorar como una niña.

Ya no era una niña, era una señorita.

Sin embargo, en ese momento se sentía más bien como una bebé. Inútil, indefensa e impotente.

—Evie —susurró Helena—. Escúchame bien, hija.

Como única respuesta, Evelyn la miró a los ojos y le apretó la mano para que continuara. No iba a desperdiciar su tiempo en

respuestas absurdas, porque tenía todos sus sentidos puestos en su madre.

—En estos meses he arreglado todo para que no tengas de qué preocuparte. Todo lo que tengo, ahora es tuyo. Esta casa que me regaló tu padre, el dinero del banco, mis joyas. Todo está inventariado y escriturado... —Tos. Terrible. Gutural. Eterna. Sangre—. El señor Balthasar Brown es mi abogado y me ha asesorado en todo esto. Es un buen hombre y podrá guiarte... siempre y cuando le pagues sus honorarios.

Evelyn asintió y se sonó la nariz. Lo presentía, a su madre ya no le quedaba tiempo, estaba en ese instante de lucidez que precede a la muerte. Ya no pudo resistir más y sus lágrimas rebalsaron sus ojos verdes, tan verdes como los de un gato.

—Este negocio fue lo único que supe hacer cuando murió tu padre... Estos dos años han sido eternos sin él... Él nos amó a su manera. Nunca dudes de eso. Para el mundo siempre seremos señaladas con un dedo acusador; yo no soy una mujer decente y tú, como mi hija, tampoco lo eres. Es inevitable que sea así, pero sabes que sí somos decentes, porque tenemos principios, valores y honor. No los que predicán los clérigos y la gente que se dice de bien... Para ser cristianos muchos tienen demasiado odio en sus corazones.

»Evie, te he condenado siendo tu madre, y por eso te pido perdón. Y que también perdones mi egoísmo, porque nunca quise que te separaras de mi lado y que tu padre te enviara a vivir al campo, ahí hasta las bestias te hubieran despreciado. No hubiera podido vivir así, eres mi única familia y te he amado con todo mi ser desde que naciste.

Helena volvió a toser convulsionando la cama que crujió tanto o más que sus huesos cansados. Por eternos segundos su respiración quedó suspendida. Nada entraba ni salía de sus pulmones enfermos.

El mentón de Evie tembló, e inspiró y exhaló profundo, como si con esa simple acción pudiera hacerlo también su madre. No obstante, su respiración se detuvo, al igual que la de Helena.

Helena dio un gemido y, por fin, logró respirar. Su esfuerzo por hablar era supremo y tenía muchas cosas que decir. Su voz se redujo a un murmullo cuando rogó:

—Aún... aún no, Dios... —Tragó saliva—. Por favor, Evie, no dejes a las chicas sin trabajo. Al igual que nosotras, esto es lo

único que tienen. No tenemos la reputación y la decencia que son requeridas para ser esposas de alguien, pero necesitamos el dinero para subsistir y lo único que poseemos son nuestros cuerpos.

—Te lo prometo —susurró Evelyn, preguntándose cómo lo haría, era solo una chiquilla—. No dejaré a las chicas desamparadas.

—El señor Brown te guiará... Siempre debes tener un abogado de confianza que no sea un cliente y que no te mire como si te desnudara.

Evelyn grababa con fuego las recomendaciones de su madre. Su voz moribunda sería la que escucharía cada vez que necesitara un consejo o una respuesta.

Helena continuó:

—Sé que aún eres virgen... No te entregues por dinero la primera vez. Ese debería ser tu último recurso cuando estés sola y en la pobreza. Ojalá no tengas que usarlo nunca, hija mía. Si te vas a acostar con alguien, que sea con un hombre que te guste, y si eres ambiciosa, que te ame... Sé dueña de tu cuerpo. Elige tú el momento, el motivo y con quién. Me hubiera gustado tanto vivir un poco más para verte cambiar tu destino... La vida que he tenido podría haber sido mejor, pero fue lo que me tocó y también cometí mis errores. Pero todo lo he hecho para escapar de la violencia, no morir de frío y pasar hambre. Al menos has tenido la suerte de no padecer lo que yo padecí a tu edad. Tienes más educación y te ayudará en el futuro para que no se aprovechen de ti. Me han hecho sentir tonta muchas veces por no saber leer y escribir. Eres más que yo. Estás mejor preparada, a pesar de tu juventud.

Sintiendo un atisbo de culpa por haber tenido más suerte que su madre, Evelyn musitó:

—Tienes demasiada fe en mí, mamá.

La débil sombra de una orgullosa sonrisa se asomó en los labios de Helena y replicó:

—La tengo, porque eres mi hija. Sé lo que he criado. Eres la heredera de *madame* Écarlate... Este palacio es tuyo, gobiérnalo como a ti te plazca. Hazle saber a todos quién manda, pero que nadie sepa quién eres en realidad. No confíes en cualquier otra persona que no sea tu abogado... Él será el único que sabrá que la *madame* del palacio y la hija ilegítima del duque de Oxford son la misma persona.

—Sí, mamá...

—Te amo, Evie... Recuérdalo, tu padre y yo te amamos cómo no lo imaginas.

—Yo también te amo, mamá... mamita...

—Que tu corazón no pierda su valentía... Evie...

Helena cerró sus ojos y su pecho apenas subía y bajaba. Evelyn rompió a llorar en silencio en el regazo de su madre, sin soltarle la mano.

No se dio cuenta de cuánto tiempo pasó. Solo fue consciente de ello cuando ya no se oía nada más que sus propios sollozos y la mano que sostenía yacía sin pulso.

Evelyn levantó la mirada anegada. En la expresión de su madre solo había paz.

Helena había dejado de existir.

—Te amo, mamá —se despidió, sabiendo que ya no tenía tiempo para ser débil. Besó por última vez la mano de Helena.

Estaba sola. Huérfana.

Evelyn se puso de pie. Se limpió las lágrimas y contempló el cuerpo inerte de su madre.

—Descansa en paz, mamá... Haré lo que pueda con lo que me ha tocado. —Volvió a limpiarse las lágrimas que, rebeldes, no dejaban de caer. Con voz quebrada llamó—: ¡Marcus!

Un hombre alto con piel de ébano y que ya pasaba la treintena apareció en el umbral de la puerta.

Evelyn inspiró hondo y dio su primera orden como dueña del palacio:

—Vaya a buscar al señor Balthasar Brown, por favor. *Madame Écarlate* ha muerto. —El rostro de Marcus se llenó de entendimiento. Ese momento era tristemente esperado y asintió. Con solo ese gesto le dio su pésame.

El fiel sirviente de Helena solo tenía una duda y preguntó:

—¿De parte de quién le doy el mensaje?

En la mente de Evelyn resonaron las palabras de su madre. El abogado era el único que conocía su identidad. En el palacio había pocas personas que sabían de su existencia y solo se referían a ella como la *madeimoselle*. Helena había sido muy precavida al mantenerla al margen del negocio, al menos en lo que a su identidad se refiere.

Evelyn se dio cuenta de que su identidad era su tesoro y que debía preservarla en secreto a toda costa. Porque algún día no regentaría un burdel. Un día tomaría la decisión de cerrar el lugar.

Pero no ese día. Debía crecer. El palacio era su refugio.

A Evelyn le dolía el pecho, las piernas le temblaban. Con el nombre profesional de su madre en mente, tomó una crucial decisión e indicó:

—Dígale que va de parte de la nueva dueña... *madame* Rubí.